

Para qué y hasta cuándo

ENTRE los numerosos ataques de la propaganda enemiga que desde julio de 1936 se han ido lanzando como mordiscos inútiles contra la fortaleza granítica del Movimiento Nacional de España, los hubo de todas clases: directos y amenazadores a cargo casi siempre de nuestro enemigo máximo, el comunismo soviético y sus agentes dispersos por el orbe, o aviesos y solapados, salidos, unas veces, de las filas de la emigración política española y de las cancillerías de aquellos países que no se resignaron a contemplar en silencio una resurrección española que, aparte su anticomunismo, tenía fundamentalmente como objetivos propios una profunda reforma social y vital de la existencia española y una plena independencia de la política hispana frente al mundo exterior. La inmensa batahola organizada por los radios y la prensa y los folletos y los libros hostiles a España y a su verdad no ha cesado todavía de obsequiarnos, desde aquella lejana fecha, con los estertores de su rencor. Y no hace sino pocas semanas que, editado en cierta capital sudamericana, ha salido a guiñar los ojos al público en los escaparates la última pirueta de un lamentable payaso disfrazado de nacionalista vasco, que se titula así: «Para qué y hasta cuándo», alegato chismográfico que pretende plantear esos interrogantes referidos al régimen de España como si el Movimiento Nacional no tuviera un intrínseco sentido finalista y su vigencia no fuera como la de todo régimen político estable indefinida en el tiempo e incompatible con las interinidades. Nosotros queremos recoger aquí como resumen de este número de **MUNDO HISPANICO** aquellas preguntas para darles respuesta adecuada, sin que para ello pensemos, ni remotamente, entrar en polémica con el ladrido rabioso de tal gozquecillo olfateador de esquinas. Deseamos decir una vez más *para qué* se hizo, se consolidó y se mantiene, el espíritu del Alzamiento de Julio. Nos interesa subrayar *hasta cuándo* este espíritu y esta gran sacudida de ánimo del pueblo español deben mantenerse.

Aun a trueque de parecer insistentes resulta obligado señalar aquí la histórica coincidencia en el Alzamiento de Julio de factores enteramente distintos entre sí pero que inevitablemente condicionaron su desarrollo. Nos referimos, claro

es, a la génesis interna espiritual y social que obligó al pueblo y al Ejército a levantarse en armas en el verano de 1936 contra una monstruosa tiranía basada en la violencia, que representaba la última fase de la demagogia republicana del Frente Popular, y al hecho de que en ese mismo verano de 1936, la II gran guerra mundial estuviese gestándose febrilmente en las Cancillerías y Estados Mayores de Europa, de Asia y de América. El Levantamiento Nacional tenía razones y motivos tan viscerales que hubiese tenido lugar con el mismo ímpetu, con la misma arrolladora pasión, si—en hipótesis—la República española hubiese sobrevenido diez años antes y su proceso desintegrador y caótico llegara en 1926 o en 1928 a su apogeo. Queremos con ello recordar la absoluta falacia—tan utilizada por la propaganda enemiga—de que el Alzamiento de Julio era una artera jugada de preparación que los fascismos—ya dispuestos a la guerra—lanzaron sobre el mapa de España. Cualquiera que conozca un poco la mentalidad política española de esta centuria sabe bien hasta qué punto los problemas exteriores resbalaban en general sobre la piel de nuestros políticos de izquierda o derecha. Repásese la colección del «Diario de Sesiones» de la II República y difícilmente se hallará una lejana y vaga alusión a los problemas de carácter exterior que eran, sin embargo, en el quinquenio 1931-1935, bastante agudos como para atraer su atención. Tal cual debate académico sobre nuestras aspiraciones tangerinas o mediterráneas hacía bostezar a los honorables diputados y provocaban a veces éxodos totales del hemiciclo hacia el «bar» o los pasillos. En la campaña electoral de febrero de 1936, tan cargada de pasión y de argumentos exhaustivos de uno y otro lado, el problema internacional, el hecho indiscutible de vivir en Europa, de formar parte de un Continente y de un mundo a punto de encenderse en otra inmensa hoguera, no fué suficiente para que un sólo orador de la derecha o de la izquierda, aludiese a ello, ni siquiera de pasada. Tan específicamente nuestro, tan autóctono, tan cerradamente ibérico, era el planteamiento del problema político que nadie se molestaba en mirar hacia afuera, ni en pensar en las inevitables concomitancias que cualquier suceso o sacudida internos habría de tener con la trayectoria

general de la política de Europa y viceversa. Si hubiera sido verdad el decantado argumento de que el Alzamiento Nacional había sido cuidadosamente preparado por el eje Roma-Berlín para ganarse una plataforma militar en la futura guerra, ¿cómo explicar entonces la inverosímil dificultad, la milagrosa improvisación, la providencial genialidad con que Franco y los suyos fueron convirtiendo en victoria militar lo que no había sido en sus comienzos sino un golpe de Estado malogrado? ¿Cómo las ayudas amistosas no llegaron al bando nacional sino después de que el comunismo internacional había desequilibrado la balanza echando en ella la carroña de las brigadas internacionales con sus laboristas incluídos? Para cualquier historiador del futuro será obligado explicar la guerra española como algo distinto de una jugada de ajedrez entre los futuros beligerantes de una guerra mundial; es decir, como la llamada espontánea de un pueblo que no se resigna a morir, episodio sin filiación posible para ser clasificado entre los que en aquel año y los siguientes, iban ocurriendo en Europa con tono y tendencia inequívocos, como uno más.

Pero la guerra española, una vez iniciada, iba a tomar en lo exterior, y de un modo inevitable, proyecciones definidas. Para nuestro fuero interno era la decisión tajante que resolvía de plano muchas cosas. Eran el honor y la unidad de la Patria mancillados y rotos por la acción y el propósito deliberado de los gobernantes. Eran las garantías personales de los ciudadanos, asesinados a mansalva y a traición. Era la restauración del principio de autoridad tirado por los suelos y escarnecidos. Era la salvaguardia de la fé religiosa perseguida y brutalmente maltratada en edificios, en objetos y en personas sagradas. Era la posibilidad de la convivencia política, rota una madrugada de julio, al ser asesinado por orden del Ministro de la Gobernación, e intermedio de la fuerza pública, el jefe de la oposición parlamentaria del llamado Congreso de los Diputados... Nadie, por flaco que esté de memoria y por exento que se halle de objetividad puede negar que este panorama era el vigente. La guerra española fué un estado de necesidad que obligó a la parte sana de la sociedad a apelar a la violencia para salvar su vida. No se registran en las páginas de la historia del mundo, muchas rebeliones tan legitimadas por el derecho natural y por la moral religiosa, como esta que lanzó a los españoles a empuñar las armas para defender el recinto de sus hogares, la integridad de sus vidas y el derecho a una existencia digna sin campos de concentración ni tiros en la nuca.

Pero este era el ámbito interno. En lo exterior, el perfil del Alzamiento Nacional lo entendieron bien algunos pero lo deformaron en seguida en provecho de sus propagandas casi todos. Cosa curiosa: Quienes mejor atisbaron lo que había de auténtico y de profundo en la Cruzada española fueron los enemigos. El comunismo soviético que observó, no sin preocupación la reacción militar de un país entero contra sus métodos sangrientos de dominio frentepopulista, consideró el precedente como ejemplo peligrosísimo, para sus planes, basados inicialmente en el sopor bobalición de la burguesía frente al peligro comunista. Los otros enemigos—los históricos—esos recelaron bien pronto de que una España independiente con voluntad propia, pudiera ser otra vez protagonista en el quehacer de Europa. Y ambos, comunistas y democracias de Occidente comenzaron a orquestar—ya desde entonces—la gran campaña de difamación y ataque contra España que había de durar hasta nuestros días. En cambio, muchos, incluso de nuestros amigos, tomaron con excesiva ligereza los accidentes externos como signo de contenidos permanentes y creyeron en un mimetismo fascista y en una eventual solidaridad guerrera para los fines militares y políticos del eje Roma-Berlín. Cuando al término de nuestra guerra—abril de 1939—nuestro Caudillo, después de agradecer de corazón la generosidad de la camaradería de armas, repatrió a sus puntos de destino hasta el último de los voluntarios extran-

jeros, ya no pudo quedar una sombra de duda en nadie que discurriera de buena fe sobre el carácter netamente español del Alzamiento, sobre sus características peculiarísimas, sobre su total desconexión con los planes militares o estratégicos de las potencias foráneas, sobre la resuelta voluntad de Franco, de mantenerse en todo momento dueño de la situación.

Y así llegó la II Guerra Mundial. Guerra que se planteó absurdamente por todos los responsables de la misma: los dictadores fascistas y los políticos demócratas. Guerra que empezó siendo de amor propio y rencor nacionalista herido; de imperialismo expansionista, en choque con otros; y que acabó convirtiéndose bajo la inspiración soviética en «guerra de las democracias contra los fascismos», excelente *slogan* para la propaganda comunista después de la victoria. En esta gran guerra fuimos neutrales. Y lo fuimos en condiciones a veces desesperadas, porque nada se nos había perdido en tal pleito doctrinal. No éramos demócratas, pero tampoco éramos fascistas. No creíamos que el mejor medio de resolver un problema tan complejo como el de la organización de Estado y la estabilidad social pudiera ventilarse en una guerra universal. No creíamos en superioridades raciales, pero mucho menos nos ilusionaba un vago programa de filantrópicas promesas liberales y electorales. Y, finalmente, entendíamos que el verdadero enemigo—el que sabía lo que quería y adónde iba—era Rusia, la Rusia soviética, incluída de un modo inverosímil entre las potencias de carácter democrático y dispuesta a beneficiarse en la postguerra de los frutos de la victoria y de preponderantes posiciones geográficas, demográficas y políticas, capaces de transformar la historia y el equilibrio de Occidente y aún del mundo entero.

Insistir sobre la exquisita y correcta actitud española parecería ocioso a estas alturas. Ahí están los testimonios de Churchill, de Eisenhower, de los archivos secretos alemanes, del general Jodl, de los embajadores amigos, como Carlton Hayes, y enemigos, como Samuel Hoare. Coinciden todos unánimes, en apreciar la enorme dificultad española para mantenerse en el fiel de la balanza, las presiones que se ejercieron, las mínimas concesiones que se otorgaron, las grandes ventajas que los anglosajones y franceses obtuvieron del lado español y la decisiva ceguera y sordera española para que la ejecución de «Torch» fuera un éxito—el primer éxito aliado—en la guerra de reconquista de Europa.

Pero el fin de esta contienda iba a ser, junto a una aplastante victoria militar, un tremendo caos político. La inenarrable ingenuidad de Roosevelt, y acaso su muerte prematura, la caída de Churchill al primer empuje electoral, la frenética insensatez de la «rendición sin condiciones» y tantos otros errores—peores que crímenes—como en la frase memorable, dieron al traste con la tambaleante Europa y la convirtieron en un montón de escombros humanos y materiales. En Asia, otra cadena de lamentables equivocaciones contrapesaron la rotunda derrota del Japón con la entrega de China entera y otras extensísimas zonas de influencia al ámbito soviético. Pero con todo, no fué ello lo más grave, sino la total insensibilidad para percatarse del peligro, bien claro, sin embargo, para cualquier observador sagaz desde los últimos meses de 1945. El Kremlin hizo desde el primer momento sus jugadas estratégicas y políticas encaminadas al dominio mundial, con fría y astuta decisión. Frente a él, los políticos de Occidente enfrascados en aquellas domésticas disputándose el botín, ensañándose con los vencidos y, sobre todo, haciendo verdaderos alardes de antifascismo ultrademocrático iban entregando una a una todas las bazas del juego a la implacable expansión soviética.

Tuvieron que surgir los aldabonazos violentos de Rumanía, de Hungría, de Yugoslavia, de Checoslovaquia, el bloqueo de Berlín, la invasión de Grecia, la rebelión de Indochina, la exaltación de Mao y tantos otros episodios que culminaron en la invasión de Corea para que, por fin, ante la

sangrienta realidad, el joven pueblo de los Estados Unidos abriese los ojos ante el abismo que a sus pies se abría. Sus aliados de Occidente, obsequiados por aquél, con una generosidad sin límites, sólo supieron poner objeciones y bastones en las ruedas, al terminante propósito norteamericano de luchar contra el comunismo. Y mientras ellos recibían unas armas que no deseaban y a veces vendían al enemigo—la China roja,—materiales estratégicos, y se oponían rotundamente a que se diesen armas al pueblo de Europa más capacitado para luchar contra el soviét, los jóvenes norteamericanos ofrecían ya un holocausto de 65.000 bajas en los lejanos campos de batalla, cifra impresionante que contrasta con la de funcionarios y sabios de otros países del Pacto del Atlántico, que se pasaban simultáneamente con armas y bagajes al campo enemigo.

Estamos llegando en estos días a los tiempos históricos en que el viraje del pensamiento político de los pueblos de Occidente está siendo decisivo y rotundo. Los gobernantes, aun los más débiles, o los más comprometidos, reconocen la acuciante necesidad de hacer frente al poderoso enemigo, tratan de levantar barreras defensivas, proclaman sus errores de 1945 a esta parte y ventean inquietos la proximidad de una tercera guerra mundial. Harán falta soldados para salvar a Europa de la avalancha roja. Harán falta armamentos modernos. Pero sobre todo hará falta una moral de combate. Una fe política que sea susceptible de erguirse frente al espantajo comunista—peligrosa sirena capaz de cuartear la consistencia de zonas enteras de opinión pública en cualesquiera países. Y esta fé ¿dónde será posible hallarla de un modo ardiente y vivo sino en aquellos pueblos como el español, que han hecho de su credo político un pública afirmación consustancial con el propio Estado, y no sometido, por consiguiente, a vaivenes de sufragio o limitaciones de legalismo trasnochado? El Estado español surgió de las batallas de una guerra ganada al comunismo. Pudo y quiso, naturalmente, ser un instrumento al servicio de la grandeza nacional y también una Institución de ancha base para que en ella cupieran todos los españoles, sin distinción de clases ni ideas. Pero, lógicamente, y advertido del peligro por dolorosa experiencia hecha en carne y sangre propias, montó una guardia defensiva implacable y constante para evitar hasta el mínimo las infiltraciones nocivas. La profilaxis anticomunista ha sido un punto de partida esencial, desde 1939 hasta hoy, en la trayectoria de la política interior española. Obvio resulta decir que esa profilaxis no es solamente represiva—aspecto muy importante y que no hay que minimizar en ningún caso—sino también preventiva en el orden de las realizaciones sociales y de la restauración espiritual y religiosa de las masas populares.

Así, la situación general, por paradójica que resulte, representa a los seis años de aquel solemne acuerdo de Potsdam, que fué el punto de partida de la campaña de aislamiento diplomático y económico de España, como una rotunda afirmación del régimen político español en el vacilante mundo del Occidente democrático. Nosotros, que éramos durante estos años, el «mal ejemplo» que los fariseos del antifascismo denostaban sistemáticamente, empezamos a ser ahora el posible «buen aliado» con el que la potencia mundial número uno desea tratar de un modo directo para un entendimiento profundo. Nuestro Alzamiento, nacido de la reacción heroica y viril de una sociedad amenazada de exterminio y válido en cualquier época de la historia de España en que se hubiera producido, resultó a la postre, por la sorprendente y providencial coincidencia de procesos externos, uno de los motivos de esperanza para los tenebrosos tiempos que se anuncian, un sólido punto de apoyo para la defensa del Continente frente a la marea roja y un ejemplo y ensayo lleno de fecundas enseñanzas para cualquier sociólogo, estadista o político que quiera, honradamente, aprender en nuestros quince años de Movimiento Nacional, lecciones de buen gobierno en circunstan-

cias tan adversas, que ningún pronosticador habitual hubiera acertado en su dictamen, de no conocer las excepcionales cualidades de rector de pueblos que concurren en el Caudillo de España.

¿Para qué el Movimiento Nacional? ¿Para qué? ¿Hasta cuándo? Para salvar a España de su ruina segura. Para devolverla a la plenitud de sí misma. Para rescatar su albedrío exterior. Para haber podido ser neutrales a voluntad. Para hablar con los poderosos de fuera sin jactancia, pero sin temor. Para resistir un cerco de infamias y de «chantajes» internacionales nunca visto hasta aquella fecha. Para limpiar de comunistas la maquinaria del Estado. Para montar la guardia frente al enemigo. Para formar una juventud con espíritu religioso, patriótico y militar.

Y luego, en otro orden de cosas, para atacar de raíz el viejo problema de nuestra contextura interna de pueblo pobre, con tierras esquiladas, pocos bienes de capital y presión demográfica intensa. Para hacer un planteamiento a fondo del problema con un plan gigantesco de industrialización audaz, pero necesario, porque en él está la clave de una reforma estructural de la vida nacional española. Para hacer un inmenso programa de regadíos, saltos de agua, colonizaciones, medios de transporte. Para construir ciudades, escuelas, universidades, iglesias, fábricas, sanatorios, viviendas...

¿Para qué? Para no malgastar una victoria costosísima en polémicas partidistas estériles. Para no resucitar la discordia de las clases, ni la rencorosa parcialidad regional. Para no discrepar en lo esencial, aunque se discuta lo accesorio. Para que los españoles no se odien más entre sí.

Para todo eso se hizo el Movimiento. Para eso se edificó sobre la victoria el Estado actual. Para todo ello el Generalísimo Franco conduce con mano firme el timón de la nave que un día de julio de 1936, su arrojo, su patriotismo, y el dedo de la Providencia pusieron en sus manos.

¿Hasta cuándo va a durar ese Régimen?, se pregunta el panfletista, como si fuera un simple capricho o una decisión voluntaria que tal empresa se prolongue en el tiempo por años sucesivos. El Alzamiento no tuvo plazos, ni términos, ni límites como no se parte para la guerra de los Treinta años, ni se fijan programas para hacer el amor o para arriesgar la vida en una pelea. Quince años lleva de duración el Movimiento español y a lo largo de esos quinquenios ha madurado su intrínseca fortaleza juvenil en frutos copiosos, de madurez y serenidad. Pasado el vendaval de los ataques exteriores, aplacado el torbellino de pasiones, el perfil de la España de Franco se va dibujando cada día con más firmeza en el horizonte de los pueblos de la cultura de Occidente. Situados en el extremo de Europa somos continentales, mediterráneos y africanos por la geografía y americanos por cuatro siglos de historia y de vida común. Pero no hemos hecho más que empezar. Y erran quienes suponen que es la nuestra una situación de paso, de turno, y mucho más los que confieren interinidades a un Régimen que no admite, en punto a estabilidad, parangón posible con ninguno de los que España conoció desde Fernando VII a esta parte. La gran obra revolucionaria y transformadora de la sociedad, de la estructura económica y de la vida española está en sus comienzos. Fruto directo de la misma ha de ser la mejora de nivel espiritual y material de las masas españolas y su encauzamiento en moldes sociales enteramente distintos y nuevos. Esta tarea, a la que tan abnegadamente entrega su pasión vital el Generalísimo Franco, no es una táctica ocasional ni un preparativo guerrero, ni un programa electoral. Está en la medula del régimen mismo y haya o no guerra exterior y seamos o no neutrales, se llevará a término con el mismo afán, con el mismo ímpetu, con invariable regularidad. El tiempo no cuenta si lo que está en juego es el propio destino y configuración de la Patria para los decenios próximos.